

El logos médico en la escuela cristiana de alejandría

Juan Carlos Alby
UNL-UCSF-UADER

Introducción

Los orígenes de la iglesia cristiana en Alejandría se encuentran en las transformaciones experimentadas por el judaísmo activo y floreciente de esa ciudad, del que da testimonio Filón en torno al año 50 de nuestra era. Como consecuencia de la persecución y masacre de esa comunidad perpetradas por Trajano en los comienzos del siglo II, algunos de sus miembros se aproximaron a los intelectuales judeocristianos presentes en la gran urbe a los efectos de salvar sus vidas al mismo tiempo de mantener la identidad cultural judía. De ahí que la mentalidad que irá configurando a esta iglesia durante el siglo II sea de carácter intelectual e investigativa antes que catequética y episcopal. Este rasgo puede advertirse con claridad en Clemente y Orígenes, quienes están más preocupados por fijar las condiciones de la “verdadera gnosis”, el auténtico conocimiento del cristiano en oposición a la “falsa gnosis” de la que hablaba Ireneo, que de las cuestiones relativas a la sucesión en el obispado de la iglesia. Una corriente más legendaria que histórica atestiguada por Eusebio de Cesarea pone al evangelista Marcos en el inicio del ministerio cristiano de Alejandría en torno al año 62, es decir, el octavo año de Nerón (62-84)¹. Hacia fines del siglo II, bajo el principado de Cómodo y siendo Juliano el obispo a cargo de las iglesias de Alejandría, dirigía la escuela de los fieles allí un varón celeberrimo por su instrucción cuyo nombre era Panteno, quien probablemente procedía del estoicismo. Por su profundo celo misionero y amor a la doctrina cristiana, fue enviado a la India, donde se encontró con la versión original del Evangelio según San Mateo escrito en caracteres hebreos, que habría sido llevado allí por el apóstol Bartolomé quien lo precedió en su misión evangelística². Panteno fue sucedido por Clemente en la dirección de la escuela, quien llamaba a su anterior maestro “abeja siciliana”³. Arraigado en la tradición filoniana, Clemente otorga enorme importancia al Logos como realidad divina y le asigna funciones de pedagogo y médico. Nos proponemos analizar los pasajes donde tales caracterizaciones del Logos aparecen en ambas funciones que nunca se disocian, para luego remontarnos a los antecedentes cristianos más arcaicos sobre esta intuición, los cuales parecen tener un origen común en una particular interpretación de la parábola evangélica del buen samaritano.

I. El Lógos paidagógos

Clemente desarrolla con mayor amplitud el tema de la pedagogía divina del Logos en el libro I de El Pedagogo. La totalidad del mundo es concebida por el alejandrino como un individuo guiado y educado por el Logos, quien es al mismo tiempo “el entrenador de Jacob y el Pedagogo de la humanidad (paidagógos tês anthropótetos)”⁴.

Esta educación se orienta a la perfección y divinización del hombre, por las cuales éste se hará semejante a Dios⁵. Pero esta acción educativa del Logos se adapta a las condiciones de los hombres, puesto que se despliega en el terreno de las realidades humanas⁶.

¹ Cfr. Eusebio de Cesarea, Historia eclesiástica (HE) III, 6, texto bilingüe, versión española con introducción y notas de A. Velasco-Delgado, Madrid, BAC, 1997, vol I, p. 89

² Cfr. Eusebio de Cesarea, HE V, 10-11, 1, pp. 301-303

³ Cfr. Clemente de Alejandría, Strómata I, I, 2, 1, edición bilingüe preparada por Marcelo Merino Rodríguez, Fuentes Patrísticas 7, Madrid, Ciudad Nueva, 1996, pp. 89-91

⁴ Clemente de Alejandría, El Pedagogo (en adelante: Ped.) I, 7, 57, 1, edición bilingüe preparada por Marcelo Merino y Emilio Redondo, Fuentes Patrísticas 5, Madrid, Ciudad Nueva, 1994, p. 192ss; cfr. Ped.I, 7, 53, 3 y Gn. 32, 30

⁵ Cfr. Ped. I, 12, 98, 2

⁶ Cfr. Ped. I, 11, 97, 1-2

El Logos pedagogo es al mismo tiempo, para Clemente, el Logos eterno, personal y creador, que está en la base de su concepto de ley natural u órthos Lógos, la recta razón como criterio de la moralidad de la acción⁷. En tal sentido ha guiado al pueblo y ha aparecido ahora: “Por eso el Logos, Cristo, es causa no sólo de que existamos nosotros desde antiguo (pues Él estaba en Dios), sino también de que seamos felices (puesto que ahora se nos ha manifestado a los hombres). Este mismo Logos es único y ambas cosas a la vez, Dios y Hombre, la causa de todos nuestros bienes. Por Él aprendimos a vivir bien y somos conducidos a la vida eterna”⁸.

Esta comparación del hombre con el universo remite a Platón en Filebo 28d-30a, pero antes puede encontrarse en la medicina hipocrática, que basa su teoría de los cuatro humores en la noción de hombre como microcosmos⁹.

Esta comparación del hombre con el universo remite a Platón en Filebo 28d-30a, pero antes puede encontrarse en la medicina hipocrática, que basa su teoría de los cuatro humores en la noción de hombre como microcosmos¹⁰.

El conocimiento que el alejandrino demuestra tener sobre el fundamento mismo de la medicina antigua, nos permite relacionarlo con su noción de Cristo médico o Lógos *therapeutikós*.

II. Actividad y alcance del Lógos *therapeutikós*

En el libro I de El Pedagogo, Clemente presenta los métodos que utiliza el Lógos en su acción educativa, a saber, aconsejar y consolar, acciones que tienen por resultado la curación de las pasiones. Pero antes de que el Logos actúe como terapeuta, se desempeña como protréptico porque nos estimula a la conversión: “El Logos —guía celestial— tomaba el nombre de protréptico al exhortarnos a la salvación; éste es el título específico que recibió el Logos, cuando se encargaba de estimularnos a la conversión: el todo toma aquí el nombre de la parte; toda la religión es, en efecto, protréptica (estimulante), ya que engendra en la mente el deseo connatural de la vida presente y futura”¹¹.

A pesar de que Clemente se sirve en numerosas ocasiones del vocabulario del Pórtico, en este caso toma distancia del significado exhortatorio que el término protréptico presenta en Posidonio y en Séneca¹², para quienes se trataba de una forma de la literatura moral. En el alejandrino, en cambio, la palabra adquiere un sentido completamente distinto del de la pedagogía y de la didaskalía. Y añade a continuación: “Pero ahora (*nyní dè*), actuando a la vez como terapeuta (*therapeutikós*) y como consejero (*hypothetikós*), sacudiéndose a sí mismo, anima al que antes ha convertido, y, lo que es más importante, promete la curación de nuestras pasiones. Hemos de otorgarle, por tanto, el único nombre que propiamente le corresponde: el de *pedagogo*. El Pedagogo es educador práctico, no teórico; el fin que se

⁷ Cfr. Ped. I, 13, 101, 1-102, 4.

⁸ Clemente de Alejandría, Protréptico (en adelante: Protr.) I, 7, en Clemente de Alejandría. Protréptico, introducción, traducción y notas de María Consolación Isart Hernández, Madrid, Gredos, 1994, p. 48s.

⁹ Protr. I, 5, 3, p. 45s

¹⁰ Cfr. Hipócrates, Sobre los aires, aguas y lugares I, II, y Sobre la naturaleza del hombre IV, en JONES, W. H. S., Hippocrates, London, The Loeb Classical Library, 1937, vol. I, pp. 71 -72 y vol. IV, pp. 10-11, respectivamente; cfr. JAEGER, Werner, Paideia. Los ideales de la cultura griega, México, FCE, 1983 2, p. 787; cfr. ALBY, Juan Carlos, “La concepción antropológica de la medicina hipocrática”, en Enfoques, año XVI, n. 1 (2004), pp. 13-17

¹¹ Ped. I, 1, 3, p. 73.

¹² Cfr. Séneca, Epístola 95,1 y 65: “Me pides que satisfaga el cumplimiento de aquella promesa que te hice al diferir la respuesta para otro día y que te escriba si aquella parte de la filosofía que llaman parenética los griegos y que nosotros llamamos preceptiva, es suficiente para la perfección de la filosofía [...] Así como solamente los iniciados conocen los ritos más arcanos de la religión, también en la filosofía los misterios más escondidos no se revelan más que a los adeptos admitidos en el santuario; mas los preceptos y cosas semejantes hasta los profanos los conocen. Posidonio no sólo cree necesaria la precepción —nada nos veda el uso de este vocablo— sino también la persuasión, la consolación y la exhortación”; en Lucio Anneo Seneca. Obras completas, discurso previo, traducción, argumentos y notas de Lorenzo Riber, Madrid, Aguilar, 1957, pp. 674, 683s

propone es el mejoramiento del alma, no la instrucción; es guía de una vida virtuosa, no de una vida erudita”¹³.

Con el adverbio “ahora” (*nŷn*) Clemente se refiere a un momento actual en contraposición al período en que el Logos seguía a su pueblo en Egipto, es decir, el presente del cristianismo en toda su extensión, en contraste con la ley y los profetas o la filosofía griega¹⁴.

La concepción del Logos como médico tiene su origen en Mt. 9, 12: “Mas él, al oírlo dijo: ‘No necesitan médico los que están fuertes sino los que están mal’”.

Según Clemente, el mismo Logos es también maestro, pero no lo es todavía, pues el *Logos-maestro* tiene la función de exponer y revelar las verdades doctrinales; el *Pedagogo*, en cambio, cuyo menester es la práctica, primero nos exhortó a fijar una conducta moral y luego nos incita a cumplir nuestros deberes. Él dicta los preceptos que deben guardarse intactos, y pone ante los ojos de los que han de seguirle el ejemplo de los que antes se han equivocado en el camino¹⁵.

“Ambos métodos son muy eficaces: uno —el parenético— lleva a la obediencia; el otro, que procede con ejemplos, también es doble, de modo semejante a la primera copia: el primero consiste en que lo imitemos eligiendo el bien; el segundo, en que evitemos la parte mala del ejemplo rechazándola¹⁶. El resultado de esto es la curación de las pasiones: el Pedagogo fortalece el alma mediante los incentivos de los ejemplos y mediante los preceptos humanitarios, y —a modo de dulces remedios— lleva a los enfermos al perfecto conocimiento de la verdad”¹⁷.

El alejandrino distingue claramente entre la salud y la ciencia. Mientras la primera se adquiere por la curación, la ciencia se alcanza por medio del estudio. La fe, como condición mínima para iniciarse en la vida cristiana, resulta insuficiente para completar la vida espiritual, ya que para esto se necesita la *gnosis*¹⁸. Pero la salud es primera, pues un enfermo no puede acometer el estudio de la doctrina hasta que esté completamente curado; la prescripción a los discípulos y la de los enfermos no tienen el mismo sentido: a los primeros se les da para conducirlos a la gnosis; a los segundos, para su curación. “Así como para las enfermedades del cuerpo se necesita un médico, así también las enfermedades del alma necesitan de un Pedagogo que cure las pasiones. Iremos después al maestro; él guiará al alma pura para acoger la gnosis y así sea capaz de recibir la revelación del Logos”¹⁹.

Clemente insiste en dejar clara la diferencia entre el *pedagogo* y el *maestro*, pues este último es el que completa la educación iniciada por el primero y, dentro del proyecto literario del alejandrino, *didáskalos* era el nombre que en principio quiso poner a la tercera parte de su trilogía, la que finalmente se llamó *Strómata*²⁰.

La acción de Cristo como médico es descrita por Clemente en su famoso discurso *¿Qué rico se salva?*, más conocida por la traducción latina de su título como *Quis dives salvetur?*²¹ La misión terapéutica de Cristo se revela, según Clemente, en la parábola del buen samaritano (Lc. 10, 30-37) que el alejandrino presenta con notable síntesis: “Al contrario, el Señor introduce en el discurso a un hombre que baja de Jerusalén a Jericó y le presenta herido por salteadores, arrojado medio muerto sobre el camino, pasado de largo por un sacerdote, mirado con indiferencia por un levita, y compadecido por el samaritano, que era

¹³ *Ped. I*, 1, 4, p. 73

¹⁴ Cfr. *Protr.* I, 7, 2. Para un análisis más completo del significado de *nŷn* en Clemente, cfr. BERCIANO, Modesto, *ΚΑΙΡΟΣ. Tiempo humano e histórico salvífico en Clemente de Alejandría*, Burgos, Aldecoa, 1976, p. 106ss

¹⁵ Cfr. *Ped. I*, 2, 1, p. 75.

¹⁶ Cfr. *Ped. I*, 1, 2, p. 71: “Un Logos dirige también nuestras acciones: es el [Logos] *consejero*; y el Logos *consolador* sana nuestras pasiones. Pero siempre es el mismo y único Logos en todas sus distintas funciones, el que arranca al hombre de su inclinación mundana en que vivía y lo conduce a la única salvación de la fe en Dios”.

¹⁷ *Ped. I*, 2, 2-3, 1, p. 75

¹⁸ Cfr. *Ped. I*, 3, 1, P. 75.

¹⁹ *Ped. I*, 3, 3, p. 77.

²⁰ Cfr. Merino, M y Redondo, E., *op. cit.*, p. 75, n. 22.

²¹ La mayoría de los traductores modernos de esta obra clementina se inclina por traducir “se salvará” en vez de “se salva”, de acuerdo a una pauta introducida por San Jerónimo en su versión del título al latín. Respecto de las consecuencias que acarrea la diferencia entre traducir al castellano en tiempo presente o en futuro el verbo que aparece en el título, véase la “Introducción” de Marcelo Merino Rodríguez a esta obra, en *Clemente de Alejandría. Extractos de Teódoto. Éclogas proféticas. ¿Qué rico se salva? Fragmentos*, edición bilingüe preparada por Marcelo Merino Rodríguez, Fuentes Patristicas 24, Madrid, Ciudad Nueva, 2010, p. 46

despreciado y segregado, el cual no pasó como los otros sin más, sino que dispuso de todo lo que necesitaba el herido: vino, aceite, vendas, jumento y dinero para el posadero, que en parte ya le da y en parte además se lo promete [...] Pero, ¿qué otro puede ser ese [samaritano] sino el Salvador mismo? ¿O quién, sino Él, ha tenido más piedad de nosotros, que hemos estado a punto de ser matados por los dominios del mundo de las tinieblas con multitud de heridas, temores, concupiscencias, iras, tristezas, engaños y placeres? Y el único médico (*iátrós*) de esas heridas es Jesús, que corta por completo de raíz las pasiones, no como la Ley [que corta] las secuelas, los frutos de las malas plantas, sino que [Jesús] introduce su propia hacha hasta las raíces de la maldad”²²

Al otorgar carácter simbólico a cada uno de los elementos de la parábola, Clemente la transforma en una alegoría, ya que en las parábolas los detalles del relato se ordenan en torno a un núcleo central, que es el mensaje que aquella quiere transmitir. En la alegoría, por su parte, cada elemento simboliza una realidad particular²³.

El trato que el médico Jesús otorga al hombre enfermo contrasta con la Ley de Moisés que extirpa sólo las manifestaciones externas del mal, pues el Salvador introduce su hacha hasta sus mismas raíces. Esta lectura puede tener su inspiración en Hb. 4, 12 y, con bastante probabilidad, en Ireneo: ““Perdonando los pecados curó al hombre y le manifestó quién era él mismo [...] Así mostró de antemano cómo sería el perdón por su venida, por la cual ‘borró el documento de nuestra deuda, y lo clavó en la cruz’ (Col. 2, 14); de modo que, así como por un árbol nos hicimos deudores de Dios, así también por el árbol recibamos el perdón de nuestra deuda”²⁴.

Una vez identificada la figura del samaritano con el Cristo médico, Clemente pasa a explicar el significado de los elementos con los cuales el Salvador realiza la curación. El vino y el aceite que derrama “sobre las heridas de nuestra alma”, como si la salvación afectara sólo al alma, están cargados de simbolismo bíblico. Según Clemente, el vino es la sangre de la viña de David²⁵. Esto alude a la sangre de María, por la cual Jesús tiene ascendencia davídica. En un pasaje de contexto eucarístico de *El Pedagogo*, Clemente asocia el vino con la sangre que el Logos encarnado ha derramado para la salvación: “[...] como la sangre de la uva madura se mezcla con el agua, así el Logos ha querido que su sangre se mezcle para la salvación. La sangre del Señor es de dos especies: una, la de su carne, con la que nos ha rescatado de la perdición; otra, la de su Espíritu, con la que hemos sido ungidos”²⁶.

Cristo es identificado con la viña en Jn 15, 1, y en la bendición de Jacob a su hijo Judá, de cuya tribu han de venir David y su descendiente, el Mesías, se anuncian proféticamente la vid a la que ata su cabalgadura —la carne humana portadora del Logos— y el vino en el que lava su túnica: “El que ata a la vid su borrico y a la cepa el pollino de su asna; el que lava en vino su túnica y en sangre de uvas su sayo; el de ojos rubicundos por el vino, y blanquean sus dientes más que la leche”²⁷.

Por otro lado, “aplicó el aceite (*élaion*), la misericordia de las entrañas del Padre (*splánjnon patròs éleon*), y que abundantemente proveyó”²⁸.

El alejandrino desdobra deliberadamente la expresión evangélica “derramando aceite y vino” (Lc. 10, 34) para destacar el juego de palabras *élaion-éleon*, “aceite-misericordia”. Con la asignación de estos significados, el vino representa la humanidad de Jesús destacada en su sangre y el aceite su naturaleza divina proveniente de las entrañas del Padre. El médico Jesús es a la vez hombre y Dios y, tanto su humanidad como divinidad resultan necesarias para obrar la curación.

²² *Quis dives salvetur?* (en adelante: *QDS*) 28, 3-29, 2-3, en MERINO RODRÍGUEZ, M., *op. cit.*, p. 283

²³ En la interpretación alegórica de las parábolas en la Iglesia primitiva, anterior a la época en que Clemente escribió, la alegorización cristológica de las mismas ocupó un primer plano. Este cambio de sentido obedeció a que en sus comienzos, la Iglesia aplicó el contenido de las parábolas a su propia situación, caracterizada sobre todo por la demora de la segunda venida de Cristo y por la misión. Para este tema y el de la diferencia entre parábola y alegoría, véase JEREMIAS, Joachim, *Interpretación de las parábolas*, Estella, Verbo Divino, 1991, pp. 40ss. y 59ss.

²⁴ IRENEO de LYON, *Adversus haereses* (en adelante: *Adv. haer.*) V, 17, 3, en ROUSSEAU, A., DOUTRELEAU, L., MERCIER, C., *Irénée de Lyon. Contre les Hérésies. Livre V* (SC 152-153), II., Paris, Les Éditions du Cerf, 1969, p. 229.

²⁵ Cfr. *QDS* 29, 4, p. 285.

²⁶ *Ped.* II, 9, 3-4, p. 319.

²⁷ Gn. 49, 11-13.

²⁸ *QDS* 29, 4, p. 285.

Pero además, el samaritano utilizó vendas para cubrir las heridas suavizadas por el vino y el aceite: “[...] Él en persona mostró las ataduras insolubles (*desmoús alytous*) de la buena salud y la salvación: la caridad, la fe y la esperanza”²⁹.

El orden de las virtudes no es casual —se encuentra alterado respecto de su formulación bíblica en 1 Co. 13, 13— como tampoco lo es el genitivo “de la buena salud y la salvación”. El alejandrino entiende la caridad, la fe y la esperanza como vendas indisolubles para la preservación de la salud y la curación.

Por último, en el hecho por el cual el samaritano encomienda al mesonero la atención del herido convaleciente, se descubre para Clemente la misión que Jesús ordenó a los ángeles para nuestra preservación y cuidado: “Él en persona ordenó con una gran recompensa a los ángeles, principados y potestades que estuvieran a nuestro servicio, pues también ellos serían librados de la vanidad del mundo durante la revelación de la gloria de los hijos de Dios”³⁰.

En otro escrito del alejandrino que contiene un argumento antidoceta por el cual destaca la eficacia del cuerpo de Jesús, el cuidado de la salud humana se encomienda a los apóstoles y maestros: “De igual manera que el Salvador hablaba y curaba por medio del cuerpo, así también anteriormente [lo realizaba] por medio de los profetas y ahora lo hace por mediación de los apóstoles y los maestros. En efecto, la Iglesia presta servicio con la eficacia del Señor; de ahí que también entonces se hiciera hombre, para servir de esa manera a la voluntad del Padre. Y Dios, amigo de los hombres, se encarnó por la salvación de los hombres, primero por los profetas, ahora por la Iglesia. Ciertamente, lo semejante asiste a lo semejante para que la salvación sea semejante”³¹.

Para Clemente no hay dificultad en pasar de los ángeles a los apóstoles y viceversa. La gran retribución que el samaritano promete al mesonero para su regreso, es interpretada por el alejandrino como la liberación de la vanidad del mundo en el tiempo final. Esa liberación prometida a los hombres alcanzará también a la economía angélica, aun cuando ésta se encuentre supeditada a la humana³².

La complementación de los textos analizados nos permite una visión más completa de lo que Clemente entiende por el Logos médico. En su acción terapéutica por la cual arranca de raíz las pasiones del alma, intervienen tanto la humanidad como la divinidad de Jesús, y el cuidado de la salud humana se extiende a toda la economía del Evangelio desde sus inicios hasta la *parousía* del Señor, con la participación activa de todos sus ministros, a saber, ángeles, apóstoles y maestros. Esto nos permite apreciar la fuerza del adverbio “ahora” con el que Clemente introduce la acción del *Lógos therapeutikós* en la historia³³.

III. Antecedentes pre-alejandrinos del Cristo médico

Existen numerosas referencias al Cristo médico en la Patrística, anteriores a los escritos de Clemente, que pueden haber servido de inspiración al alejandrino. Una de ellas corresponde al anónimo *Discurso a Diogneto* aparecido alrededor del 150. Allí se exhorta a los cristianos a considerar al Salvador como nuestro sustentador, consejero y médico, entre otros atributos³⁴. En una célebre sentencia de Ignacio de Antioquía, se destaca el doble carácter humano y divino de Cristo el médico: “Un médico hay, sin embargo, que es carnal a la par que espiritual, engendrado y no engendrado, en la carne hecho Dios, hijo de María e hijo de Dios, primero pasible y luego impasible, Jesucristo, nuestro Señor”³⁵.

Entre los Apologetas, Teófilo de Antioquía se pregunta: “¿Quién es el médico?”, y se responde, “El Dios que cura y vivifica por el Verbo y la Sabiduría”³⁶.

²⁹ *Idem*.

³⁰ *Idem*.

³¹ CLEMENTE de ALEJANDRÍA, *Éclogas proféticas* 23, 1-3, en MERINO RODRÍGUEZ, M., *ibidem*, p. 186s.

³² Cfr. ORBE, Antonio, *Parábolas evangélicas en San Ireneo I*, Madrid, BAC, 1972, p. 115

³³ Cfr. n. 11.

³⁴ Cfr. *Discurso a Diogneto* IX, 6, en RUÍZ BUENO, Daniel (versión, introducción y notas), *Padres Apostólicos*, edición bilingüe completa, Madrid, BAC, 19936, p. 856.

³⁵ IGNACIO de ANTIOQUÍA, *Carta a los Efesios* VII, 2, en RUÍZ BUENO, D., *op. cit.*, p. 451s.

³⁶ TEÓFILO de ANTIOQUÍA, *A Autólico I*, 7, 3, en *Teófilo de Antioquía. A Autólico*, edición bilingüe preparada por José Pablo Martín, Fuentes Patrísticas 16, Madrid, Ciudad Nueva, 2004, p. 75.

Se trata de la eficacia de ambas “Manos divinas”, el Lógos y el Espíritu, tema muy presente en la exégesis eclesiástica del siglo II. Por la actividad del Lógos los seres permanecen firmes en su especie, y por la complementariedad demiúrgica del *Pneúma* divino, adquieren dinamismo y armonía³⁷.

No es habitual llamar “médico” a Dios en vez de al Logos; no obstante, tal atribución puede encontrarse en otros textos del período sub-apostólico³⁸.

Según Ireneo, la naturaleza humana llamada a su divinización es, por su carácter creatural, ontológicamente lejana a Dios y se encuentra enferma. En orden a su curación, llama “médico” a Cristo, cuya enseñanza es capaz de sanar: “¿Qué médico, si quiere curar al enfermo, le da la medicina que a éste le gusta y no la adecuada para devolverle la salud? Y que el Señor vino como médico de los enfermos, él mismo lo dijo: ‘No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. No vine a llamar a los justos, sino a los pecadores, para que se arrepientan’ (Lc. 5, 31, 32; Mt. 9, 12-13)”³⁹.

Orígenes, en su Homilía 34 sobre Lucas, menciona un presbítero cuyo nombre no nos ha comunicado, que comenta la parábola del buen samaritano con elementos comunes a la exégesis clementina de la misma en el *QDS*. Esto ha hecho pensar a Orbe que el presbítero pre-origeniano puede tratarse del mismo Clemente o de Panteno, fuente común a ambos⁴⁰.

Por último, entre las menciones del Cristo médico anteriores a Clemente cabe destacar los testimonios de los gnósticos.

En el logion 31 del Evangelio de Tomás, Jesús asocia la falta de éxito que tienen los profetas en su propia tierra con la del médico que fracasa en curar a los que conoce: “No hay profeta aceptado en su pueblo, ni médico que cure (therapeúein) a los que le conocen”⁴¹.

Pero el pasaje más significativo sobre el Cristo médico —tal vez de toda la literatura gnóstica— se encuentra en el documento llamado Los Hechos de Pedro y los Doce Apóstoles (AcPD) (NHC VI 1), de fecha incierta y autor desconocido, aun cuando su modo de expresión y mentalidad parecen corresponder a un cristiano de procedencia judía con ideario afín a la gnosis. En un bloque narrativo independiente y no cristiano, que circulaba con anterioridad al texto y del que el escritor judeocristiano se apropió añadiéndole el nombre de Jesús⁴², éste aparece bajo la forma de un médico y con el nombre de Litargoel: “Mientras hablábamos de los ladrones del camino, de quienes habíamos escapado, he aquí que salió Litargoel. Se había transformado ante nosotros y había tomado la apariencia de un médico. Llevaba bajo su brazo un unguento de nardo medicinal y un discípulo le seguía portando una cajita (glossókomon) llena de medicinas. Nosotros no lo reconocimos”⁴³.

Más adelante, luego de anunciar la curación de un hombre y su posterior regreso, Litargoel se revela primeramente a Pedro y después a los demás. Ante la pregunta “¿Qué quieres que hagamos?” y el ruego porque les dé la fuerza para hacer en todo momento su voluntad, Jesús les entregó el unguento de nardo curativo y la cajita que estaba en las manos del discípulo y les encomendó volver a la ciudad de la que habían salido y enseñar a los que habían creído en su nombre. Les entregó la cajita con los remedios medicinales y les dijo de nuevo: “Curad a todos los enfermos de la ciudad que han

³⁷ Así lo entiende Ireneo: “Dios está dotado de Lógos y por esto todos los seres fueron creados por medio del Verbo; y Dios es Espíritu, y con el Espíritu lo dispuso todo”, *Epideixis* 5, en *S. Ireneo de Lión. Demostración de la predicación apostólica*, edición preparada por Eugenio Romero Pose, Fuentes Patristicas 2, Madrid, Ciudad Nueva, 1992, p. 60.

³⁸ “Mientras tenemos tiempo de ser curados, entreguémonos a Dios, que nos sana, dándole la paga por ello”, *Segunda Carta de San Clemente a los Corintios (2Clem.)* IX, 7, en RUÍZ BUENO, D., *ibidem*, p. 362. “[...] pero Él sanará todas las maldades cometidas anteriormente en tu familia [...]”, HERMAS, *El Pastor*, Visión I, 3, 1, en RUÍZ BUENO, D., *idem*, p. 940; “Él curará vuestros pecados pasados y tendréis fuerzas para dominar totalmente las obras del diablo”, *El Pastor*, Mandamientos XII, 6, 2, en RUÍZ BUENO, D., *idem*, p. 1005.

³⁹ IRENEO, *Adv. haer.* III, 5, 2, en ROUSSEAU, Adelin, DOUTRELEAU, Louis, *Irénee de Lyon. Contre les Hérésies. Livre III* (SC 210-211), II, Paris, Les Éditions du Cerf, 1974, p. 59.

⁴⁰ Cfr. ORBE, A., *op. cit.*, pp. 116-118

⁴¹ Evangelio de Tomás (EvT) (NHC II 2) 31, en PIÑERO, Antonio, MONTSERRAT TORRENTS, José, GARCÍA BAZÁN, Francisco, *Textos gnósticos. Biblioteca de Nag Hammadi II: Evangelios, hechos, cartas*, Madrid, Trotta, 1999, p. 86.

⁴² Véase la introducción al texto que hace Antonio Piñero en PIÑERO, A., MONTSERRAT TORRENTS, J., GARCÍA BAZÁN, F., *op. cit.*, p. 227.

⁴³ AcPD 8, 15, en PIÑERO, A., MONTSERRAT TORRENTS, J., GARCÍA BAZÁN, F., *ibidem*, p. 236.

creído en mi nombre”. Como Pedro tuvo miedo de responderle, Jesús se dirigió al que estaba a su lado, que era Juan, y le pidió que respondiera. Juan se expresó con estas palabras: “Señor: tenemos miedo de pronunciar ante ti multitud de palabras. Pero eres tú el que nos exige que practiquemos esta técnica (téchne), aunque nadie nos ha instruido para ser médicos. ¿Cómo, pues, sabremos curar los cuerpos, como tú nos has ordenado?” Jesús les respondió: “Has hablado bien, Juan, pues yo sé que los médicos de este mundo acostumbran a curar (las enfermedades) que pertenecen al mundo. (Pero) los médicos del alma (psychê) sanan los corazones. Curad, pues, los cuerpos primero, de modo que gracias a la potencia curativa que hay en vosotros para curación de los cuerpos sin medicinas de este mundo puedan creer que os es posible sanar también las enfermedades del corazón”⁴⁴.

Podemos encontrar a lo largo de este relato elementos muy valiosos para descubrir la caracterización de la medicina y de Jesús como médico por parte de los gnósticos. Por un lado, la referencia a los ladrones en el contexto en que aparece Litargoel, el médico, nos remite una vez más a la parábola del buen samaritano. En las palabras de Juan se advierte la valoración de la medicina como una téchne o disciplina capaz de ser comunicada y aprendida, y más sorprendente aun resulta la referencia de Jesús a la necesidad de curar primero los cuerpos en virtud de la potencia curativa natural que los habita, axioma fundamental de la medicina hipocrática que se desprende de la noción de hombre como microcosmos antes considerada.

Finalmente, interesa prestar atención al nombre Litargoel con el que se designa crípticamente a Jesús. Según A. Piñero⁴⁵, el vocablo es una mezcla de griego y hebreo que se compone de tres palabras, dos de las cuales son griegas: líthos más argós, y una hebrea, ‘el. El nombre configurado de este modo se traduce como “Dios de la piedra brillante”, aludiendo tal vez a Ap. 2, 17: “Al vencedor le daré una piedrecita blanca, un nombre nuevo que nadie conoce, sino el que lo recibe”. En este caso, el brillo de la piedra podría estar asociado a una perla, lo que permitiría establecer cierto contacto con el final de los Hechos de Pedro 20, en el que Jesús es llamado “Tesoro” y “Perla”.

El misterioso nombre aparece también en un documento titulado De la entronización de los arcángeles Miguel y Gabriel: “El quinto ángel dijo: ‘Yo soy Litharkuel, en cuya mano se halla la caja de medicinas, llena de remedios; yo curo a cada alma’”⁴⁶.

En la citada introducción, Piñero sugiere que resulta más probable que el autor de La entronización... tomara el nombre de los Hechos de Pedro y los Doce Apóstoles y lo empleara, dadas sus características, como nombre de arcángel. También se ha considerado la posibilidad de que Litargoel fuera la denominación de una divinidad en ambiente no cristiano, como el dios sanador Asclepio⁴⁷.

Ante las distintas posibilidades presentadas, nos permitimos introducir la hipótesis de que el nombre, compuesto por palabras griegas⁴⁸ y hebreas, culmina con el término hebreo goel, “pariente cercano”, “redentor”, el que ayuda al pariente necesitado, el que rescata de una posición perdida. La vinculación con la palabra griega *líthos* puede remitirnos al Salmo 19, 15: “Yahvé, mi roca y mi redentor (goel)”. En tal caso, la idea no se encontraría lejos de la acción de Jesús como médico⁴⁹.

Consideraciones finales

Si bien no podemos precisar el acceso que Clemente ha tenido a esta gran variedad de fuentes, es altamente probable que muchas de las referencias patrísticas enumeradas hayan orientado su concepción del Lógos therapeutikós que habría de prolongarse en la exégesis alejandrina del Cristo

⁴⁴ *Idem*, pp. 237-239

⁴⁵ *Idem*, p. 226.

⁴⁶ Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium 225, texto copto; trad., 226. Die Bücher der Einsetzung der Erzengel Michael und Gabriel, Lovaina, ed. por C. D.G. Müller, 1962, en PIÑERO, A., MONTSERRAT TORRENTS, J., GARCÍA BAZÁN, F., *idem*, p. 226

⁴⁷ *Cfr. idem*, p. 237.

⁴⁸ Es altamente probable que este escrito de finales del siglo II o comienzos del III y conservado en copto sahídico, provenga de un original griego por la interpolación de numerosas palabras griegas en el cuerpo del texto.

⁴⁹ Para los significados y usos bíblicos y extrabíblicos de goel, véase JENNI, E., WESTERMAN, C., Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento I, Madrid, Cristiandad, 1978, pp. 549-564.

médico con su discípulo Orígenes, como puede verse en la espléndida interpretación que éste hace de la parábola del buen samaritano⁵⁰ y en *Contra Celso*: “Es momento de decir que el médico que ve cosas terribles y que toca cosas desagradables para curar a los enfermos⁵¹, no pasa de bueno a malo, de hermoso a feo, o de felicidad a miseria. Y eso que el médico que ve cosas espantosas y toca cosas desagradables, no está del todo inmune de caer en esas mismas cosas. Mas el que curó las heridas de nuestras almas por el Verbo de Dios que en Él moraba, era incapaz de toda maldad. Y si por haber asumido el Dios Verbo, inmortal, cuerpo mortal y alma humana le parece a Celso que cambia y se transforma, sepa que el Logos, permaneciendo en su esencia Logos, nada padece de lo que padece el cuerpo o el alma⁵²”.

La escuela cristiana de Alejandría constituye un hito insoslayable en la historia de la doctrina del Logos médico. La concatenación de textos extraídos de las obras de Clemente demuestra una preocupación preponderante en la terapia del alma, rasgo característico de esta tradición. El médico cura el cuerpo, mientras que el pedagogo erradica las pasiones del alma, para dar paso al maestro. Pero un enfermo no puede emprender el estudio de la doctrina si su cuerpo no está sano, afirmación a la que subyace la intuición hipocrática de la salud como equilibrio. La curación apunta a la salud (*hygéia*) como el estudio al conocimiento (*gnôsis*). En la adopción de este binomio salud-conocimiento, Clemente es deudor de Filón de Alejandría⁵³. La extensión temporal que el alejandrino le confiere a la acción terapéutica del Logos, indica que esta se encuentra vigente en la economía de la salud humana inaugurada por el Evangelio y no culminará hasta el regreso del “buen samaritano” para otorgar la recompensa a los que han cuidado del enfermo agredido en el descenso de Jerusalén a Jericó. El mismo descenso que emprendió el *Lógos therapeutikós*, médico, pedagogo y maestro, desde el seno del Padre a las profundidades de la tierra, para desplegar su acción curativa incardinada para siempre en la historia de la carne.

Recibido 15/09/2015

Aceptado 20/10/2015

⁵⁰ Cfr. Cadenas, fr. 71, en ORBE, A, *idem*, p. 122, n. 75

⁵¹ Se trata de una cita de Hipócrates en *De Flatibus* 1 muy usada en la época.

⁵² ORÍGENES, *Contra Celso* IV, 15, versión española con introducción y notas de Daniel Ruíz Bueno, Madrid, BAC, 1967, p. 252

⁵³ “Por esta razón, creo, la salud simple, la que no ha sido precedida por una enfermedad del cuerpo, la concede Dios como una gracia exclusivamente a partir de sí. La que deviene después de marcharse una enfermedad es concedida a través de una técnica y la labor médica, para dejar la impresión de que es obra no sólo de la ciencia sino también del médico, aunque en verdad es él quien cura, a través de ellos o sin ellos. Ciertamente algo similar ocurre respecto del alma. Él otorga por sí mismo los bienes y los alimentos, y a través de mensajeros y palabras otorga cuantos involucran liberación de males”, FILÓN de ALEJANDRÍA, *Alegoría de las leyes* III, LXII, 178, en *Filón de Alejandría. Obras completas*, Vol. I, edición dirigida por José Pablo Martín, traducción y notas a cargo de Marta Alesso, Madrid, Trotta, 2009, p. 286.